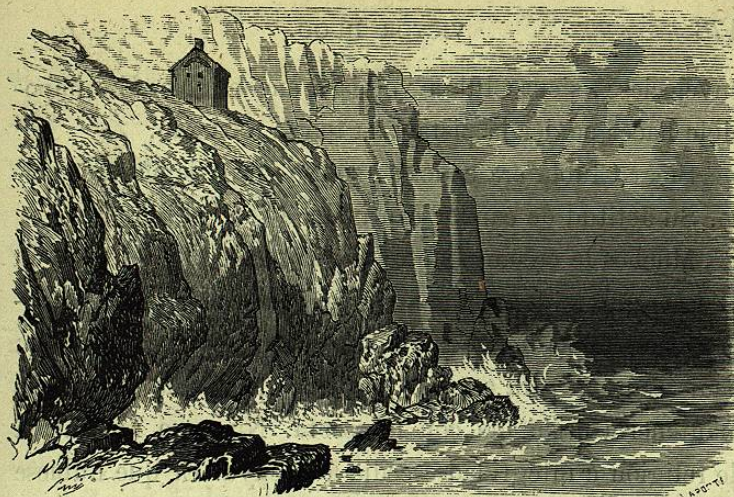


LIBRO QUINTO,

EL REWOLVER.

BIBLIOTECA ALFONSIANA  
UNIVERSITARIA  
H. R. V. 111





I

LAS CONVERSACIONES DE LA POSADA JEAN.

Sieur Clubin era el hombre que aguardaba una ocasion.

Era pequeño y pálido, con la fuerza de un toro. El mar no consiguió curtirle ni volverle moreno. Su carne parecia de cera. Era del color del cirio, del cual tenia en los ojos la claridad discreta.

Su memoria tenia algo de imperturbable y de particular. Para él, ver una vez á un hombre era tenerle siempre presente, como se tiene una nota en un registro. Su mirada lacónica agarraba. Su pupila tomaba una copia de un semblante y la estereotipaba; por mas que el semblante



envejeciese, sieur Clubin volvía á encontrarle. Era imposible hacer perder la pista á su tenaz recuerdo.

Sieur Clubin era conciso, sobrio, frio; jamás un gesto. Su actitud de candor cautivaba á todo el mundo.

Muchos le creían simple; en el ángulo del ojo tenía un pliegue que le daba la apariencia de una estupidez asombrosa. No había mejor marino que él, ya lo hemos dicho; nadie como él para amurar una vela, para amarrarla, para mantenerla orientada con la escota. Ninguna reputación de religión é integridad escedía á la suya. El que hubiese sospechado de él, se hubiese hecho sospechoso. Lazos de amistad le unían con M. Rebuchet, cambista en Saint-Malo, calle Saint-Vincent, al lado del armero, y monsieur Rebuchet decía: *daria á guardar mi establecimiento á Clubin.*

Sieur Clubin era viudo. Su mujer había sido la mujer honrada como él era el hombre honrado. Murió con el renombre de una virtud á toda prueba. Si el Baile la hubiera echado un requiebro, hubiera ido á decírselo al rey, y si el buen Dios se hubiera enamorado de ella, se lo hubiera ido á decir al cura. Aquella pareja, sieur y dame Clubin, había realizado en Torteval el ideal del epíteto inglés «*respectable.*»

Dame Clubin era el cisne; sieur Clubin era el armiño. Una mancha le hubiera muerto.

No hubiera podido hallar un alfiler sin buscar á su dueño. Hubiera hecho pregonar un mazo de pajuelas que se hubiera encontrado.

Entró un día en un bodegón en Saint-Servan, y dijo al amo: tres años atrás almorcé aquí, y os equivocásteis

al darme la vuelta. Y le devolvió sesenta y cinco céntimos. Tenía una probidad suma, y un ademán de vigilancia constante.

Parecía un perro de muestra. Acechaba siempre. ¿A quién? Probablemente á los pícaros.

Todos los martes conducía la Duranda desde Guernesey á Saint-Malo. Llegaba á Saint-Malo el martes por la noche, permanecía allí dos días haciendo su cargamento y volvía á partir para Guernesey el viernes por la mañana.

A la sazón había en Saint-Malo una botillería en el puerto, que se llamaba la posada Jean.

Esta posada ha sido demolida para la construcción de los actuales muelles. En aquella época el mar venía á besar la puerta Saint-Vincent y la puerta Dinan; Saint-Malo y Saint-Servan, en la baja marea, se comunicaban por medio de carrmatos que circulaban entre los buques en seco, evitando las boyas, las áncoras y las jarcias, y arriesgándose algunas veces á romper las capillas de cuero de una verga baja ó de un bauprés. Entre dos mareas, los cocheros arreaban sus caballos en aquella arena donde seis horas después el viento azotaba las olas.

En aquella misma playa correteaban en otro tiempo los veinticuatro alanos porteros de Saint-Malo que se zamparon un oficial de marina en 1770, por cuyo esceso de celo fueron suprimidos.

Actualmente no se oyen ya ahullidos nocturnos entre el Talard menor y el Talard mayor.



Sieur Clubin bajaba á la posada Jean. Allí estaba el despacho francés de la Duranda.

Los aduaneros y guardacostas almorzaban y bebían en la posada Jean, donde tenían mesa aparte. Allí se encontraban, con ventajas para el servicio, los aduaneros de Binic con los aduaneros de Saint-Malo.

También acudían allí patrones de buques, pero comían en otra mesa. Sieur Clubin tan pronto se sentaba en la una como en la otra, si bien prefería la de los aduaneros á la de los patrones. En las dos era bien recibido.

Las dos mesas estaban bien servidas. Había refinamiento de bebidas locales extranjeras para los marinos de otros países. Un marinero de Bilbao hubiera hallado allí un helado. Allí se bebía stout como en Greenwich y gueuse brune como en Anveres.

Capitanes de larga carrera y armadores figuraban algunas veces en la mesa de los patrones. Allí las noticias mercantiles y políticas caían como un chubasco.

—¿Qué tal marchan los azúcares?—Los azúcares no se presentan en el mercado mas que en pequeñas partidas. Sin embargo, los terciados no escasean; tres mil sacos de Bombay y quinientas barricas de Sagua.—Vereis cómo la derecha acaba por derribar á Villele.—¿Y el añil?—No se han negociado mas que siete corachas de Guatemala.—La *Nanine-Julie* está en rada. Hermosa fragata de Bretaña.—Y siguen las dos ciudades de la Plata con sus peloterías.—Cuándo Montevideo engorda, Buenos-Aires enflaquece.—Ha sido preciso trasladar el cargamento del

*Regina Cæli*, condenado en el Callao.—Los cacaoos marchan; los sacos de Caracas han costado doscientos treinta y cuatro y los de Trinidad setenta y tres.—Parece que en la revista del Champ de Mars se ha gritado: Abajo los ministros.—Los cueros de Buenos-Aires se venden á sesenta francos los de buey y á cuarenta y ocho los de vaca.—¿Se ha pasado el Balkan? ¿Qué hace Diebitsch?—En San Francisco falta el anisete. El aceite de olivas Plagniol está en calma. El queso de Gruyere á treinta y dos francos el quintal.—¿Con que, Leon XII ha muerto?—etc.

Todas las cuestiones indicadas y otras muchas se comentaban estrepitosamente. En la mesa de los aduaneros y guardacostas no se hablaba tan alto.

Los asuntos de policía de las costas y de los puertos requieren menos sonoridad y menos claridad en el diálogo.

La mesa de los patrones estaba presidida por un viejo capitán de larga carrera, M. Gertrai-Saboureaux. Monsieur Gertrai-Gaboureaux no era un hombre, sino un barómetro. Su práctica marítima le había dado una sorprendente infalibilidad de pronóstico.

Decretaba el tiempo que haría al día siguiente. Amanesaba el viento, tomaba el pulso al mar. Decía á la nube: Muéstrame tu lengua. Es decir, el relámpago. Era el doctor de las olas, de la brisa, de la ráfaga. El Océano era su enfermo. Había hecho un viaje alrededor del mundo como se hace una clínica, examinando cada clima en su buena y mala salud; sabía á fondo la patología de las estaciones.

Se le oían consignar hechos como el siguiente:—



«En 1796 el barómetro bajó una vez á tres líneas debajo de tempestad.» Era marino por afición. Odiaba á Inglaterra tanto como quería al mar. Había estudiado cuidadosamente la marina inglesa para conocer su lado vulnerable. Esplícaba en que el *Sovereign* de 1637 se diferenciaba del *Royal William* de 1670 y de la *Victory* de 1755. Comparaba los acastillajes. Echaba de menos las torres en la cubierta y las cofas en forma de embudo del *Great-Harry* de 1513, probablemente bajo el punto de vista de las balas francesas, que tan bien se adecuaban á su superficie.

Las naciones para él no existían sino por sus instituciones marítimas, y le eran peculiares sinonimias estrañas.

Designaba á Inglaterra con el nombre de *Trinite House*, la Escocia con el de *Northen commissioners*, y la Irlanda con el de *Ballast board*.

Abundaba en datos; era alfabeto y almanaque, mapa y tarifa. Sabía de memoria el peaje de los faros, sobre todo de los ingleses; un penny por tonelada pasando por delante de este, un farthing pasando por delante de aquel. Decía: *El faro de Small's, Rock que no consumía mas que doscientos gallons de aceite, quema en la actualidad mil quinientos gallons.* Un día, á bordo, en una enfermedad grave que tuvo, se le creía muerto; la tripulación rodeó su camarote, y él interrumpió el hipo de la agonía para decir al carpintero:—Sería ventajoso adaptar al grueso de los tamboretas una muesca á cada lado para recibir una pieza de fundición con eje de hierro por donde pasasen las guindaletas.

De todo eso resultaba una figura magistral.

Rara vez el objeto de la conversacion era el mismo en la mesa de los patrones y en la de los aduaneros.

Este caso, sin embargo, se presentó precisamente en los primeros días del mes de febrero á que nos han conducido los sucesos que narramos. La fragata *Tamaulipas*, capitán Zuela, procedente de Chile, donde estaba próxima á regresar, llamó la atención de las dos mesas.

En la de los patrones se habló de su cargamento, y en la de los aduaneros de sus condiciones maríneas.

El capitán Zuela, de Copiapo, era un chileno algo colombiano, que había hecho con independencia las guerras de la Independencia, tan pronto perteneciendo al partido de Bolívar como al de Morillo, según le convenía. Se había enriquecido sirviendo á todo el mundo.

No había otro hombre más borbónico, más bonapartista, más absolutista, más liberal, más ateo y más católico. Pertenecía á ese gran partido que se podría llamar el partido lucrativo.

Hacia de cuando en cuando en Francia apariciones comerciales, y, si es cierto lo que se decía, admitía á su bordo á gentes fugitivas, lo mismo á los que habían hecho una bancarota fraudulenta que á los proscritos políticos. Pagándole bien, poco le importaba lo demás.

Su procedimiento de embarque era sencillo. El fugitivo aguardaba en un punto desierto de la costa, y en el momento de aparejar, Zuela le enviaba una lancha que lo tomaba á bordo. En su precedente viaje había hecho evadir á



un contumaz del proceso Berton, y ahora, según se decía, contaba con llevarse á algunos comprometidos en el negocio del Bidasoa. La policía, advertida, no le perdía de vista.

Aquellos tiempos eran una época de fugas. La restauración era una reacción, y así como las revoluciones acarrearán emigraciones, las reacciones producen proscripciones.

Durante los siete ú ocho primeros años que mediaron á la vuelta de los Borbones, el pánico reinaba en todas partes, en la hacienda, en la industria, en el comercio, que sentían temblar la tierra y menudear las quiebras. Había en política un «sálvese el que pueda.»

Lavalette había huido; Lefebvre Desnouettes había huido; Delon había huido. Los tribunales escepcionales funcionaban, ayudando á Trestaillon. Se huía del puente de Saumur, de la esplanada de la Beole, del muro del Observatorio de París, de la torre de Taurias de Avignon, siluetas lúgubrementes levantadas en la historia, que la reacción ha marcado, y en que se distingue aun actualmente su sangrienta mano.

En Londres el proceso Thistlewood con ramificaciones en Francia, en París el proceso Trogoff con ramificaciones en Bélgica, Suiza é Italia, habían multiplicado los motivos de inquietud y desaparición y aumentado el profundo derrotero subterráneo que formaba el vacío hasta en las más altas filas del orden social. Ponerse en seguridad, tal era el cuidado común.

Estar comprometido era estar perdido. El espíritu de

los tribunales prebostales había sobrevivido á la institución. Había condenas por complacencia. Quién se salvaba en Tejas, quién en las montañas Rocosas, quién en el Perú, quién en Méjico.

Los hombres del Loire, entonces bandidos, hoy paladines, habían fundado el campo de asilo. Una canción de Beranger, decía: *Salvages, nosotros somos franceses; tened piedad de nuestra gloria.* La espatriación era el único recurso.

Pero nada es menos sencillo que huir; este monosílabo contiene abismos. Todo sirve de obstáculo al que se evade.

Ponerse á salvo implica disfrazarse. Personas considerables, y hasta ilustres, estaban reducidas á espedientes de malhechores. Y aun así, hacían mal su papel. Eran inverosímiles. Su costumbre de llevar siempre la cara descubierta hacía difícil su paso por entre las mallas de la reacción. Un bandido escapado de presidio era en presencia de la policía más correcto que un general. ¿Sabeis lo que es la inocencia obligada á disimularse á sí misma, la virtud contrahaciendo su voz, la gloria poniéndose una máscara?

Un transeunte de aspecto sospechoso era una celebridad que iba en busca de un pasaporte falso. Las maneras torpes del hombre que se escapa no probaban que no se tuviese delante de los ojos á un héroe. Rasgos fugitivos y característicos de los tiempos, que la historia llamada regular descuida, y que el verdadero pintor de un siglo debe subrayar.



Detrás de esas fugas de personas honradas se hilvanaban, menos vigiladas y menos sospechosas, las fugas de los bribones. Un foragido obligado á eclipsarse se aprovechaba de la confusión, formaba número entre los proscritos, y con frecuencia, como hemos dicho, gracias á su mayor arte, parecía en aquel crepúsculo mas honrado que el hombre honrado.

Nada es tan torpe como la probidad perseguida. No sabe lo que le pasa y comete imprudencias.

Un falsario se escapa mas fácilmente que un convencional.

Pudiéramos casi decir que, particularmente para la gente de mala vida, la evasión conducía á todo.

La cantidad de civilización que un pícaro esportaba de París ó de Londres, le daba importancia en los países primitivos ó bárbaros, le recomendaba y hacia de él un iniciador.

Nada tenia de imposible que un aventurero se escapase aquí del código para llegar en otra parte al sacerdocio.

Habia fantasmagoría en la desaparición, y mas de una evasión tuvo resultados que antes de realizarse hubieran parecido un sueño. Una fuga de ese género conducía á lo desconocido y á lo quimérico. Un quebrado huido de Europa, Dios sabe cómo, ha reaparecido veinte años despues gran visir en el Mogol ó rey en Tasmania.

Favorecer las evasiones era una industria, y, atendida la frecuencia del hecho, una industria beneficiosa. Era

una especulación que completaba ciertos comercios. El que queria hallar su salvación en Inglaterra se dirigía á los contrabandistas; el que queria hallarla en América se dirigía á los defraudadores que hacían largos viajes, tales como Zuela.